



LLAMADOS A UNA VIDA FELIZ (**LA ESPERANZA**)

TEMA 3 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 3 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- La esperanza de todo hombre se puede resumir en el deseo de ser feliz.
- La experiencia del sufrimiento parece contradecir la esperanza.
- El creyente descubre el Dios el fundamento de la verdadera esperanza.

DESARROLLO

El hombre está llamado a la alegría, pero experimenta diariamente muchísimas formas de sufrimiento y dolor (Juan Pablo II, Mensaje a los enfermos, México, 24 de Enero 1999).

La esperanza de todo hombre se puede resumir en el deseo de llegar a ser feliz disfrutando de una vida buena y grata en todas sus dimensiones: relaciones humanas, salud, necesidades fundamentales (cf. personales y materiales)...

Sin embargo, estos anhelos de los hombres se ven oscurecidos por la amenaza o presencia del dolor y el sufrimiento en el camino de la vida. El texto de Juan Pablo II que leíamos al comienzo hacía referencia a los dolores y sufrimientos asociados a la enfermedad. Todos sabemos que la enfermedad es causa de dolor y sufrimiento no sólo para el que la padece, sino también para sus seres queridos. Sufrimos, cuando sufre la persona amada. Esto nos hace comprender que el sufrimiento/dolor no sólo afecta al individuo que lo padece (cf. individual), sino que afecta a la comunidad en la que aparece (familia, amigos, país,...).

Sabemos, además, que los dolores y sufrimientos pueden provenir de muy diversas fuentes. El hombre sufre cuando se equivoca, cuando experimenta la injusticia o la traición. Se desea amor, paz y comprensión y el hombre está en guerra contra el hombre. Todos cogemos en alguna ocasión las armas. Herimos con la palabra, con el desprecio, con el olvido. Todos nos rebelamos alguna vez contra las circunstancias y no buscamos caminos pacíficos, ni dejamos futuro para el otro. Matamos la amistad, matamos la familia, matamos la fraternidad social. En definitiva, el sufrimiento es una "dimensión humana".

El sufrimiento en grado sumo, sin embargo, proviene de la gran amenaza que ensombrece la felicidad de todo hombre, la muerte. La muerte acaba con la expectativa de una "vida" feliz. Se teme su llegada, se temen sus dolores. La muerte se teme también en la persona amada. Este dolor es inevitable, pues la muerte alcanza a todo hombre y la medicina no tiene pastilla que remedie sus efectos, ni el dolor que causa en los seres queridos.

¿Cómo compaginar la inevitabilidad del dolor y el sufrimiento con la sed de felicidad que sentimos? ¿Qué sentido tiene la búsqueda de la felicidad en este mundo, si al final acabamos perdiendo lo más valioso, la vida, el amor, las personas queridas? ¿Es compatible el

dolor y el sufrimiento con la idea de un Dios bueno? Según esto, ¿cómo debemos entender la esperanza en cristiano y qué debemos esperar?

En los últimos siglos, los hombres han buscado dar respuesta a estas preguntas prescindiendo de Dios (escandalizados de Dios) y aspirando a alcanzar una felicidad “material” con medios puramente humanos, es decir, una vida cómoda y placentera. Pero estas expectativas se han mostrado hasta ahora como meras utopías que nunca se realizarán. Desde la experiencia de la historia (universal y personal) el hombre sabe que, con sus propias fuerzas, es incapaz de alcanzar la felicidad “sin fin” que pide su corazón, porque su corazón no es capaz de amar sin fallar. Los efectos del pecado (cf. separación de Dios) no se superan desde dentro de la humanidad, ni por la ciencia, ni por ideologías. A este respecto es muy interesante leer lo que dice Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza:surge la cuestión: ¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas, aburrido y al final insoportable. Esto es lo que dice precisamente, por ejemplo, el Padre de la Iglesia Ambrosio en el sermón fúnebre por su hermano difunto Sátiro: « Es verdad que la muerte no formaba parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio [...]. En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima (*Spe Salvi*, 10)

Se comprende, pues, que la esperanza cristiana no reposa simplemente en el deseo de felicidad que pueda imaginarse un hombre concreto o una sociedad (cf. sus utopías), sino en alcanzar la Vida Plena que Dios puede y quiere dar a la humanidad entera. Dios puede colmar todos los anhelos de la humanidad, porque el Dios creador también fue siempre el Dios consumidor. Dios es capaz de cumplir sus promesas. Dios creó al hombre en el Paraíso y para el Paraíso (cf. cielo).

El creyente no comprende la plenitud de vida buena (cf. bienaventuranza: felicidad) sin referencia a Dios, que es el máximo bien esperado. Para el creyente, sólo Dios es capaz de dar vida en plenitud, siendo Él mismo el mayor bien de todos, el Dios de los dones (cf. personales y materiales).

Las promesas de plenitud siempre estuvieron ligadas al Dios de las promesas, a su amor, verdad, bondad y fidelidad (cf. *Gn* 1,26-27: imagen y semejanza). Las promesas eran la llamada a caminar fielmente (cf. *Gn* 1,28: crecer, multiplicarse y llenar la tierra) con Él en el amor, la verdad y la bondad. La meta era llegar a conocer y disfrutar en medio de la creación de su Vida, Amor, Verdad y Bondad: DIOS (cf. *Gn* 3,8; Alianza: amistad con Dios). Pero

para ello había que fiarse, obedecer y seguir a Dios (cf. *Gn* 2,16-17). El hombre no lo hizo (cf. *Gn* 3,1: tentado por la serpiente).

Dios no renunció a su criatura el hombre y abrió un nuevo camino a la esperanza (cf. *Gn* 3,15). El amor supo romper distancias (cf. Encarnación) y encontrar caminos a través de las nefastas consecuencias dejadas por el pecado (cf. Vida de Jesús: perdón y sanación). El amor expió y redimió. Los nuevos caminos de este amor son revelados en el himno de la caridad (1 *Co* 13,1ss), que se puede resumir como el NO al mal y el SÍ a la esperanza pronunciado por el Padre en Jesucristo (Cf. el amor todo lo espera, el amor no pasa nunca). El hombre, herido por la desobediencia y trastocado en su naturaleza, nunca podrá amar de esta forma (cf. 1 *Co* 13) con sus solas fuerzas. Quienes intentaron esto sin Dios acabaron decepcionados de sí mismos y del amor (Cf. *Rm* 1,21), pues fueron incapaces de mantener firme su "casa" (cf. familia) en medio de la adversidad (cf. *Lc* 6,48s). El cristiano que ha conocido el amor de Dios y ha fundamentado su vida en él, sacará esperanza y confianza de este amor (*Rm* 8,35ss); no se rendirá ante las dificultades, porque el amor le ha redimido y espera el reino de los cielos (cf. Padre Nuestro). Dios ha abierto caminos nuevos a la esperanza (cf. perdón y resurrección). Unido a Cristo, el creyente lo puede todo (cf. *Lc* 6,48s). Así la SE habla de esperar contra toda esperanza (*Rm* 8,14) y de dar razón de la esperanza (cf. 1 *Pe* 3,16).

El camino escogido por Dios para llegar a la realización de la promesa de vida plena no es sencillo. La felicidad cristiana puede expresarse con el término bienaventurado (feliz), y todos conocemos qué contexto tiene esta palabra en el cristianismo: Bienaventurados los que sufren porque ellos serán consolados,... (cf. *Mt* 5,1ss). Desde las bienaventuranzas, el CCE (1820) presenta la verdadera esperanza cristiana. El Reino de los Cielos es la promesa de Dios a los que quieren ser felices sin ignorar la realidad complicada del hombre. El sufrimiento, el dolor, el mal, la muerte -que provienen del pecado- han encontrado una respuesta en Jesucristo. Él es el bienaventurado. El ha abierto la posibilidad de ser felices. Nos ha dado la certeza de que hay un reino de los cielos, que Dios todo lo puede si nos confiamos a El. En la resurrección, Dios acreditó a Jesús y nos mostró la vida plena pensada para el hombre, nos mostró un amor más fuerte que la muerte, un amor que ya tiene respuesta al dolor y al sufrimiento, un amor que es perdón y es resurrección.

El cristiano será un hombre de esperanza si cree en el "Espíritu de las bienaventuranzas", si es dócil al Espíritu Santo que vino a habitar en él el día de su bautismo, Espíritu que le enseñará el camino del amor perfecto y le resucitará de entre los muertos (cf. *Rm* 8, 11). El cristiano dócil al ES conocerá la Bienaventuranza, el cielo, que se puede resumir en comunión con Dios y los hermanos (cf. Ciudad Santa, Familia, Banquete nupcial, Paraíso...).

La Esperanza cristiana de una vida feliz (cf. *Ap* 21, 4: sin limitación alguna, sin muerte) se llama Vida Eterna, que es la promesa hecha por el Dios todopoderoso a los hombres.